

FRANCO

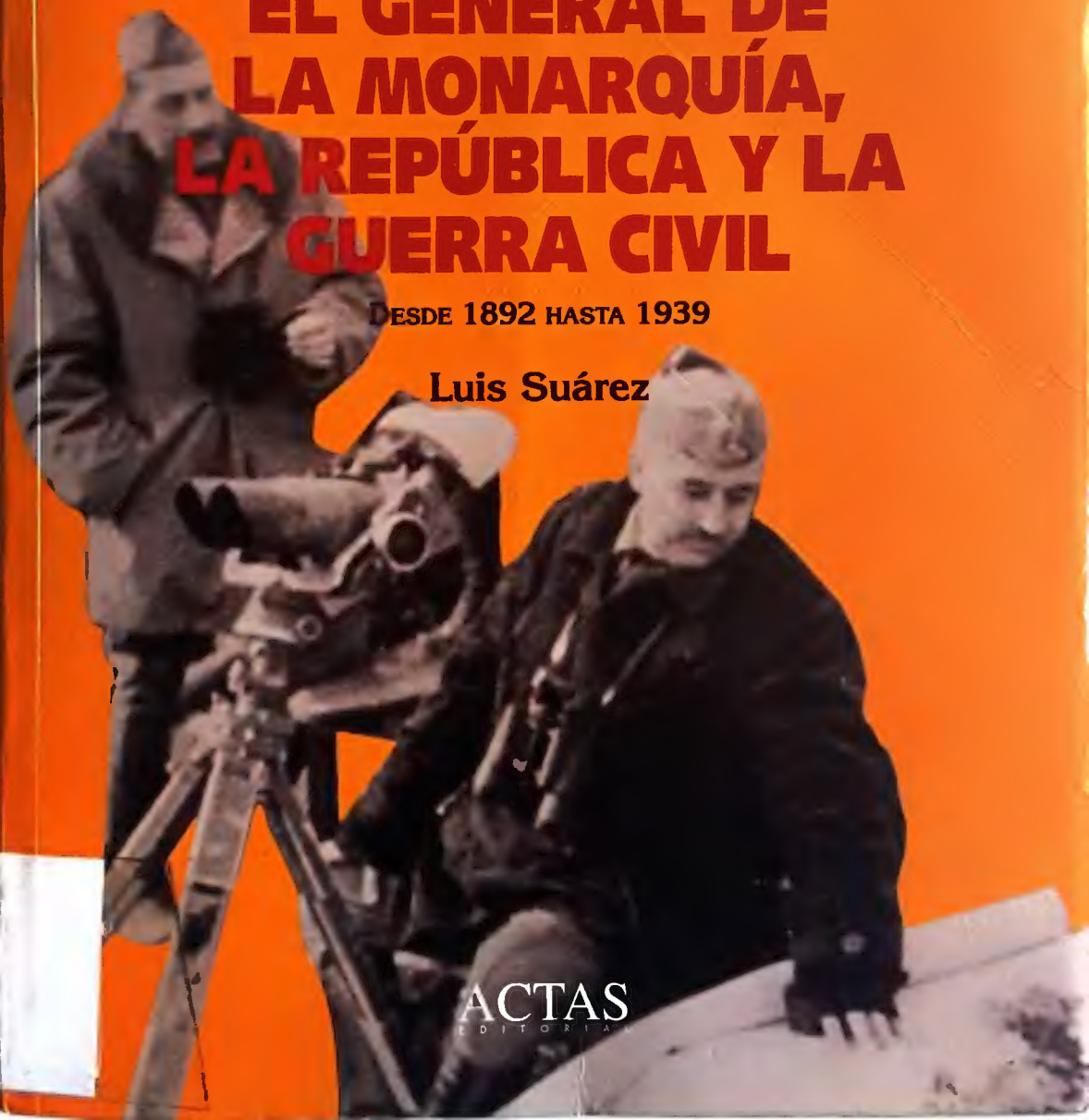
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez

ACTAS
EDITORIAL





**Luis Suárez
Fernández,**
nacido en
Gijón en
1924 es, en
la actuali-
dad, profe-
sor emérito
en la Uni-
versidad
Autónoma
de Madrid,

miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939)*.
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945)*.
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953)*.
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961)*.
5. Resistencia a la subversión *(de 1961 a 1967)*.
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975)*.

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

**FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO**

**EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA
Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939**

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Nota previa	13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo	15

PRIMERA PARTE FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino	49
I. El linaje de Franco	49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX	54
III. Divisiones ideológicas	59
IV. 1898	63
V. La aparición de los separatismos	68
Capítulo 2. La llamada de África	74
I. Origen de la cuestión marroquí	74
II. La Academia de Infantería	77
III. La Semana Trágica de Barcelona	78
IV. El segundo teniente	83
V. Marruecos, al fin	85
VI. El teniente de Regulares	88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de <i>El Biutz</i>	91
Capítulo 3. 1917	95
I. Oviedo	95
II. Trasfondos doctrinales	98
III. Los mecanismos de la revuelta	101
IV. El comandante Franco y la revolución	108
Capítulo 4. Diario de una bandera	112
I. La primera idea de la Legión	112
II. Dar Riffien	117
III. De Uad Lau a Xauen	121
IV. Annual	125
V. Dar Drius	127
Capítulo 5. El camino de Alhucemas	131
I. El fin de la Restauración	131
II. Franco, al frente de la Legión	135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera	140

IV.	La hora sombría de Xauen	143
V.	Alhucemas	147
Capítulo 6.	La Academia General de Zaragoza	154
I.	El general más joven de Europa	154
II.	El nombramiento de director de la Academia	158
III.	El fin de la Dictadura	163
IV.	El «error Berenguer»	167
Capítulo 7.	1931	173
I.	Franco y el 14 de abril	173
II.	Antimilitarismo	178
III.	Anticlericalismo	182
IV.	Cierre de la Academia General	188
Capítulo 8.	El día en que España dejó de ser católica	191
I.	La declaración ante el comité del Congreso	191
II.	La Constitución de 1931	195
III.	Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo	202
IV.	La Comandancia General de Baleares	208
Capítulo 9.	Franco se alinea en el anticomunismo	213
I.	El joven orador del teatro de La Comedia	213
II.	La doctrina falangista	218
III.	Victoria electoral de la CEDA	222
IV.	Ascenso a general de División	227
Capítulo 10.	Franco y la Revolución de Octubre	233
I.	Los preparativos del Golpe Socialista	233
II.	La toma de decisión	236
III.	Franco en el Ministerio de la Guerra	240
IV.	Las consecuencias	245
Capítulo 11.	Reorganizar el Ejército	249
I.	La evolución falangista	249
II.	Franco, jefe del Ejército de África	252
III.	Franco, al frente del Estado Mayor	255
IV.	El fin de Lerroux	261
Capítulo 12.	La tentación resistida	265
I.	Diciembre, 1935	265
II.	Las opciones preelectorales	268
III.	El resultado de la votación	273
IV.	Cinco días de febrero	276

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento	285
I. El fin de Alcalá Zamora	285
II. La candidatura por Cuenca	290
III. Los antecedentes de la conspiración	294
Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón	301
I. La carta a Casares Quiroga	301
II. Los argumentos jurídicos encontrados	307
III. Galicia saluda a Francia	313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general	315
Capítulo 15. Internacionalización del conflicto	320
I. Cuatro días de julio	320
II. Equilibrio de fuerzas	327
III. La búsqueda de mercados	330
IV. El «pecado original» de Franco	335
V. La posición ideológica inicial de Franco	339
Capítulo 16. Cruzar el Estrecho	343
I. La firme decisión	343
II. Por aire y por mar	345
III. Los barcos que la cruzaron	349
IV. De Sevilla a Talavera	352
Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado	361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento	361
II. La caída de Talavera produce cambios	366
III. Hora de decisiones	371
IV. El Decreto	375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo	380
Capítulo 18. Los cambios políticos internos	385
I. El ascenso de los totalitarios	385
II. Salamanca, Cuartel General	388
III. Salvar a José Antonio	392
IV. La difícil cuestión vasca	399
V. Don Miguel de Unamuno	403
Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida	408
I. El proyecto de No Intervención	408
II. La marcha sobre Madrid	412
III. El asalto a Madrid	417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia	423
I. La idea de enviar «voluntarios»	423
II. La muerte de José Antonio	426
III. El acuerdo hispano-italiano	429
IV. Batallas en torno a Madrid	432
V. Las gestiones del doctor Junod	437
Capítulo 21. Del altar y del trono	441
I. La actitud inicial del Vaticano	441
II. Las primeras gestiones de Gomá	445
III. Masonería	448
IV. Perspectivas de restauración	450
V. De nuevo el Comité de No Intervención	454
Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia	456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire	456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso	458
III. De nuevo la No Intervención	462
Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política	466
I. Rumores salmantinos	466
II. <i>Mit brennender Sorge</i>	470
III. El Decreto comienza a gestarse	474
IV. Tres noches de abril	477
V. Prisión de Manuel Hedilla	482
VI. Proceso y sentencia	485
Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica	491
I. Los voluntarios vasco-navarros	491
II. La Cuaresma de España	495
III. La ruptura del frente de Vizcaya	500
IV. El bombardeo de Guernica	503
V. Las concesiones de Franco	506
VI. Gomá y Pizzardo	510
Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio	513
I. Los obispos deben pronunciarse	513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola	515
III. Incidentes internacionales	519
IV. Al fin, Bilbao	522
V. El Vaticano reconoce a Franco	526
Capítulo 26. La decisión de Brunete	534
I. Eliminación del POUM	534
II. <i>Animal Farm</i>	536
III. ¿Victoria o derrota?	539

IV. La consecuencia: Santander	542
V. Belchite	545
VI. El final del frente Norte	547
Capítulo 27. Construir el Movimiento	550
I. Eliminación de la democracia inorgánica	550
II. El anuncio de la Monarquía	553
III. Los Estatutos del Movimiento	557
IV. Las dificultades internas	561
Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich	566
I. ¿Beligerancia?	566
II. La conferencia de Nyon	569
III. Alemania presenta sus demandas	572
IV. El proyecto Montana	575
Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma	580
I. Consejo Nacional del Movimiento	580
II. Vicente Rojo conquista Teruel	585
III. En las horas bajas	589
IV. La ruptura con la Hisma	591
Capítulo 30. Institucionalizar la Dictadura	594
I. El Consejo de Ministros	594
II. Las primeras acciones del Consejo	597
III. El crecimiento de Serrano Suñer	601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano	605
V. El fracaso de Manuel Irujo	609
Capítulo 31. Mare Nostrum	613
I. La decisión de febrero	613
II. El Fuero del Trabajo	616
III. Primeros pasos hacia una guerra general	620
IV. La batalla de Aragón	622
Capítulo 32. Final del Proyecto Montana	627
I. Las decisiones de Negrín	627
II. Dirigismo estatal deliberado	630
III. De nuevo el freno en los avances	634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana	637
V. La ley de Minas	643
Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich	646
I. Los planteamientos militares	646
II. El estancamiento	650
III. La crisis sudete	653
IV. La victoria en el Ebro	658

Capítulo 34. Barcelona	662
I. Secuelas diplomáticas de Munich	662
II. Los últimos esfuerzos de paz	666
III. El avance hasta Barcelona	669
IV. El final del Régimen Republicano	675
Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid	678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern	678
II. Proyectos para una capitulación	681
III. Los cuatro días de marzo	688
IV. La liquidación de la guerra	690
Notas	
Notas al Capítulo 1	694
Notas al Capítulo 2	697
Notas al Capítulo 3	701
Notas al Capítulo 4	703
Notas al Capítulo 5	705
Notas al Capítulo 6	708
Notas al Capítulo 7	709
Notas al Capítulo 8	713
Notas al Capítulo 9	716
Notas al Capítulo 10	719
Notas al Capítulo 11	721
Notas al Capítulo 12	723
Notas al Capítulo 13	725
Notas al Capítulo 14	729
Notas al Capítulo 15	732
Notas al Capítulo 16	736
Notas al Capítulo 17	739
Notas al Capítulo 18	743
Notas al Capítulo 19	747
Notas al Capítulo 20	749
Notas al Capítulo 21	751
Notas al Capítulo 22	753
Notas al Capítulo 23	755
Notas al Capítulo 24	760
Notas al Capítulo 25	764
Notas al Capítulo 26	768
Notas al Capítulo 27	769
Notas al Capítulo 28	771
Notas al Capítulo 29	773
Notas al Capítulo 30	775
Notas al Capítulo 31	779
Notas al Capítulo 32	781
Notas al Capítulo 33	783
Notas al Capítulo 34	785
Notas al Capítulo 35	787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial —la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno— cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo —en general contra el marxismo— y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

SEGUNDA PARTE**GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO**

dos. Sin embargo nunca faltaron aspirantes para cubrir el peligroso puesto. Los «alférezes provisionales» fueron una de las razones de que Franco consiguiera la victoria.

2. Los alemanes comunicaron el 30 de octubre sus exigencias: la unidad aérea que se proponían enviar a España contaría con mandos propios y no estaría sometida a ninguna autoridad inferior a la del Generalísimo: los españoles garantizarían la seguridad de las bases comprometiéndose además a colocar como objetivos prioritarios los puertos por donde se estaba recibiendo la ayuda soviética.⁴ Franco aceptó y la «Legión Cóndor», como habría de llamarse, quedó constituida el 7 de noviembre a las órdenes de un experto general, Hugo von Sperrle, que tenía como jefe de su Estado Mayor al coronel Wolfgang von Richthofen, primo del famoso héroe de la Primera Guerra conocido como «barón rojo». Según la lista de uno de sus miembros, la «legión» tuvo 327 muertos durante toda la guerra,⁵ número bastante considerable. Se trataba, en principio, de disponer de 100 aviones con todo el personal y material necesario. Pero estos aviones, que comenzaron a llegar a Sevilla el 15 de noviembre, los Ju-52 de bombardeo y los Heinkel 51 de caza, eran netamente inferiores a los del enemigo. Más tarde la industria alemana dispondría de aparatos de mejor calidad pero, de momento, la aparición de la «Legión Cóndor» en el cielo español fue tranquilizante para los observadores franceses y checos, que llegaron a creer que se había exagerado el peligro que para ellos podía significar.⁶

Brigadas Internacionales, aviadores alemanes, escandalosa actuación de cuatro submarinos italianos que torpedeaban barcos en ruta hacia los puertos de la España republicana, la intervención de otros países en la Guerra Civil ya no podía ocultarse. Se calcula en 20.000 el número de voluntarios portugueses, los «viriatos», que formaron en el Ejército nacional. No constituían unidades propias sino que se incorporaron a los distintos regimientos españoles.⁷ Hubo semanas de gran inquietud porque Europa se estaba acercando peligrosamente al borde de una nueva contienda general. El Reich no podía seguir manteniendo la ficción: el 15 de noviembre se ordenó al embajador en Roma que advirtiera al Gobierno italiano que se iba a proceder al reconocimiento de Franco como única autoridad legítima, a lo que Mussolini asintió añadiendo que de ninguna manera iba a consentir una victoria comunista en España.⁸ El 17 de noviembre von Neurath dispuso que el consejero Du Moulin se trasladara desde Lisboa a Salamanca para informar que, a las seis de la tarde del día siguiente, hora de Berlín, cesarían las relaciones con el Gobierno de Madrid y comenzarían las que iban a mantenerse con Franco.⁹ No tenía en esto la primacía porque las Repúblicas de El Salvador y de Guatemala, se habían adelantado. La presencia de la Legión Cóndor coincidía con un momento de especial disgusto entre los aviadores de Kindelán.¹⁰

El Führer encomendó la Embajada en España a un general de su absoluta confianza, miembro del Partido, Wilhelm von Faupel. Habida cuenta de sus posteriores acciones, es evidente que no se esperaba de él que actuase como mero representante diplomático: en sus instrucciones se le decía que no debía intervenir en asuntos militares —sin duda porque éste era el cometido de otras personas— pero sí que llevaría consigo dos consejeros importantes, uno para que se encargase de la propaganda y otro para las relaciones con los falangistas.¹¹ No cabe duda de que el Gobier-

no alemán proyectaba en estos momentos influir sobre los mandos de Falange Española para convertirla, si era posible, en un Partido acorde con los modelos nazis, afín a sus proyectos y decisiones. Comenzó, de este modo, una amplia y a veces áspera polémica interna entre los falangistas, pues una parte de ellos aceptaba la idea de la progresiva nazificación, mientras que otra no. Según García Venero y el propio Hedilla, el jefe provisional de Falange se mostraba opuesto al proyecto alemán.

Algunos resortes de propaganda comenzaron a ser inspirados, como aquel slogan de supuesta interrogación al muchacho alemán «vosotros tenéis a Hitler Führer, nosotros tenemos a Franco Caudillo» o la repetición sistemática de la consigna «una Patria, un Estado, un Caudillo» que no era sino la traducción del alemán «Ein Volke, Ein Reich, Ein Führer». Pero Franco nunca abrigó el proyecto de crear una doctrina o un partido que pudieran declararse «franquistas».

II. LA MUERTE DE JOSÉ ANTONIO.

1. El 21 de noviembre de 1936 los dirigentes falangistas celebraron en Salamanca un Consejo Nacional que figuraba como el III en la lista del movimiento. Hacía pocas horas que se conocía en el Cuartel General la noticia de que Primo de Rivera había sido ejecutado. Se decidió entonces no publicarla —durante varios meses se continuó denominando a José Antonio el «Ausente»— y ratificar en cambio con terminante decisión la «íntima compenetración existente entre la Falange y el Jefe del Estado». ¹² Hedilla y sus partidarios confiaban, al parecer, en estos momentos, en que el respaldo de Franco les pondría al abrigo de los ataques que otros sectores falangistas movían contra ellos.

José Antonio murió en este sombrío mes de noviembre que tantas víctimas causó en ambos bandos; pero no fue la víctima de incontrollados ni de las explosiones de violencia que conducían a «sacas» de presos, ya que su muerte, como la de algunos otros, fue un verdadero crimen de Estado, rodeado de circunstancias jurídicas. El Tribunal Popular que le juzgó estaba presidido por un magistrado de carrera, Federico Enjuta Ferrán, y en él se hallaban representados todos los partidos que formaban el abanico del Frente Popular. Ante estos jueces presentó un argumento irrefutable: si estaba detenido desde marzo de 1936 no podía imputársele acción alguna y menos en relación con un alzamiento de militares. Evidentemente la acusación iba contra sus ideas: pensar como él pensaba era ya un crimen. La apelación ante el Consejo de Ministros fue inútil. ¹³

Siendo abogado en ejercicio, Primo de Rivera pudo actuar como su propio defensor y también de su hermano Miguel y de la esposa de éste, Margarita Larios. El 17 de noviembre presentó sus conclusiones manuscritas porque se le había prohibido usar máquina de escribir. Por razones que no podemos explicar este documento se hallaba, años más tarde, en poder de Franco. Entresacaremos dos párrafos:

«El 18 de julio de este año, como es público, estalló en gran parte de España un movimiento subversivo militar al que se dice prestan asistencia grupos de Falange Española. Tales grupos ni han recibido ni han podido recibir instrucción alguna de su Jefe que, de habérsela podido dar, hubiera esta-

do lejos de darles la orden de adhesión a un movimiento (donde el predominio y sentido político de la Falange están bien lejos de verse asegurados) sin claras y decisivas garantías políticas y aun personales que le hubieran puesto en condiciones de dirigir el movimiento por sí mismo. José Antonio Primo de Rivera es, en resumen, ajeno a la génesis y al ulterior desarrollo del movimiento subversivo iniciado en julio del presente año, en el que ni directa ni indirectamente, ni por sí mismo ni induciendo a otros, ha intervenido».

«Si hubiera delito, lo que nuevamente se niega, concurrirá la circunstancia atenuante 8.ª del artículo 9.º del Código Penal ordinario ya que José Antonio Primo de Rivera se ofreció al Gobierno de la República en la persona del señor Subsecretario de Agricultura, señor Martín Echevarría, para gestionar la deposición de su actitud, por parte de los rebeldes y disminuir así los efectos de la rebelión».

José Antonio, que no tuvo seguramente ninguna esperanza de salvar su vida ante tales jueces, a pesar de las promesas hechas por el gobernador Monzón a los alemanes, hizo de su defensa una clara demostración de que no existía contra él acusación concreta y sí, sólo, la de ser jefe de Falange, lo cual significaba que los dirigentes políticos de la Revolución de octubre también merecían la misma suerte. Para que no hubiese duda preguntó a uno de los miembros del tribunal si sentía contra él especial aversión, a lo que éste respondió que le «odiaba con todo el corazón». Fue, pues, víctima del odio.

2. En el momento en que los agentes nazis entraban en contacto con Falange Española, no puede decirse que ésta formara un Partido a la manera como ellos lo concebían, especialmente porque se le había separado de sus cabezas y de la fuente de doctrina, y porque crecía con demasiada rapidez. Es cierto que los grupos de intelectuales a que hemos aludido en otro capítulo trabajaban activamente, pero siguiendo direcciones distintas de acuerdo con los lugares en donde se habían asentado. Los agentes alemanes no tardaron en descubrir que era precisamente en estos círculos, y no en el de los mandos ubicados en Salamanca, en donde tenían más oportunidades de adquirir personas dispuestas a compartir los ideales del nacional socialismo y de la gran revolución europea que preconizaba. Porque Falange seguía siendo en el fondo joseantoniana, y la presencia de Pilar Primo de Rivera en Salamanca en estos meses tuvo importancia decisiva para la evolución posterior.

Poco después de la ejecución de José Antonio y de la condena a prisión de Miguel Primo de Rivera, la tía de ambos —«tía Ma» como la llamaban, una segunda madre para ellos, pues el general enviudó pronto— su hermana Carmen y su cuñada Margarita Larios fueron canjeadas dentro de los proyectos de la Cruz Roja Internacional: trajeron consigo el recuerdo de la última entrevista, pocas horas antes de la ejecución, y, como una reliquia, el crucifijo que abrazaba en el momento de su muerte. Mensaje implícito de la mayor importancia. José Antonio había vivido y muerto como católico. Reunida en Salamanca toda la familia, la otra hermana, Dolores, y Agustín Aznar, celebraron su boda, rodeando el hecho de mucho protocolo falangista.

Pilar era jefe de la Sección Femenina y, en cierto modo, depositaria de una

herencia: hasta el fin de su vida mantendría la conciencia de un catolicismo integral que quería inculcar a sus colaboradoras desmintiendo las preocupaciones que algunos obispos manifestaban ante el «neopaganismo» de las influencias totalitarias. Le preocupaba también la independencia con que procedía Mercedes Sanz Bachiller, viuda de Onésimo Redondo, que había creado en Valladolid y extendía a todas partes, un organismo que copiaba el Auxilio de Invierno alemán y que sería después Auxilio Social. Pilar decidió, con el asesoramiento de Dionisio Ridruejo, convocar una Asamblea que fijase los criterios: fue el I Consejo Nacional de la Sección Femenina, inaugurado en Salamanca el 6 de enero de 1937 y clausurado en Valladolid tres días más tarde.¹⁴ No estamos seguros de si fue éste el momento en que se decidió proclamar a Santa Teresa patrona de la Sección Femenina, pero de las razones que impulsaron a esta decisión dio cuenta la propia Pilar con estas palabras: «pensé que debíamos buscar apoyos sobrenaturales que vinieran en ayuda de nuestra limpia intención de servir». La fidelidad estricta al pensamiento de José Antonio exigía que fuese aclarada la congruencia del falangismo con la doctrina católica, aunque sin que pretendiera nunca ser considerado como «movimiento católico».

Según se comunicó en el comienzo de la reunión, las 2.500 afiliadas existentes el 18 de julio de 1936 se habían convertido ya en 60.000. Esto hacía muy necesario aclarar los principios y mandatos. Pilar Primo de Rivera no quiso improvisar sino que leyó un discurso, al parecer cuidadosamente preparado, en que dejaba establecidos cuatro puntos de los que ninguno era nuevo:

- Falange Española debe considerarse como *una fe y un modo de ser*; se advertía a las recién llegadas que no se trataba de afiliarse a un partido sino de adquirir ese modo de ser.
- Partiendo de una frase de José Antonio —«nuestra misión es la más difícil, por eso la hemos elegido, y por eso es fecunda»— se proponía la creación de una red completa de jefes locales, las cuales habrían de cargar con la responsabilidad de impartir órdenes difíciles, duras y arriesgadas.
- También advirtió la jefa nacional que todos los mandos de la Sección Femenina tenían que apercibirse de que los ataques no vendrían únicamente del exterior sino también del interior.
- Por último advirtió que la Sección Femenina carecía de medios propios, de modo que tenía que aguzar el ingenio para conseguirlos.

En aquellos momentos, siempre según la documentación conservada, las dos tareas concretas que se atribuyeron al espíritu femenino, fueron: de atención a los combatientes, desde el lavado de ropa hasta la enfermería de primera línea, y de alivio de penalidades de mujeres y niños, sin tener en cuenta si se trataba de familias de su bando o del contrario. La idea de clausurar el Consejo en Valladolid no obedecía únicamente a rendir homenaje a la ciudad donde se realizara la unificación de Falange y JONS sino de dar respaldo a la obra de Auxilio Social —comedores, guarderías, etc.— sin preocuparse demasiado por las rencillas que estaban comenzando a nacer porque Mercedes Sanz Bachiller pretendía que este organismo fuese independiente.

3. En el momento en que los agentes nazis entran en contacto con Falange, no puede decirse que ésta fuera un Partido a la manera como ellos lo entendían, entre otras cosas, porque estaba creciendo con vertiginosa rapidez, siendo la mayor parte de sus afiliados ahora verdaderos advenedizos cuya coincidencia con las doctrinas de José Antonio presentaba abundantes lagunas. Hedilla se mostró muy escasamente complaciente con los agentes alemanes: en una ocasión expulsaría de su despacho a uno de ellos que se mostró excesivamente arrogante.

El silencio en torno a Ramiro Ledesma, fusilado en Madrid,¹⁵ y el empeño en seguir ignorando la muerte de José Antonio, apoyaba el criterio de los «madrileños» y «camisas viejas», como Pedro Gamero del Castillo y Alfonso García Valdecasas, que reprochaban a Hedilla una especie de culto a la personalidad. A principios de diciembre de 1936 Hedilla aprovechó la oportunidad de un enfrentamiento entre Andrés Redondo, el hermano de Onésimo, y José Antonio Girón, jefe de las Milicias, para destituir al primero de ambos, que no volvería a desempeñar ningún papel de relieve.

Lo importante de Falange, la tarea más valiosa para los «nacionales», consistió en agrupar, como ya hemos indicado, numerosos intelectuales en torno a sus centros de propaganda. La doctrina, abierta y por fuerza incompleta de José Antonio, desaparecido en plena juventud, brindaba extraordinarias posibilidades de creatividad para quienes eran jóvenes e indudables valores. El núcleo más importante se hallaba ahora en Salamanca, con Ignacio Agustí, Bartolomé Mostaza, Álvaro Cunqueiro, Juan José López Ibor, Martín Almagro Basch, Manuel Halcón, Agustín de Foxá, Juan Beneyto, Luis Rosales, José María Fontana, Dámaso Santos, Víctor de la Serna y Luis Felipe Vivanco. Pero en Valladolid, en torno a la cadena Azul, operaban otros, no tan famosos como aquéllos, pero sumamente eficaces, en estrecha relación con Antonio Tovar Llorente y Dionisio Ridruejo, que gozaba de una popularidad verdaderamente carismática; ambos compartían el entusiasmo por la cultura alemana. El grupo de Pamplona, donde figuraba un sacerdote, Fermín Yzurdiaga, contaba con tres personalidades excepcionales: Eugenio d'Ors («Xenius»), que ocupaba un lugar de primer rango entre los ensayistas y literatos españoles, Pedro Laín Entralgo, que comenzaba una carrera muy fecunda de pensador profundo y en gran medida independiente, y Rafael García Serrano, el brillante novelista injustamente olvidado después.¹⁶

Franco conocía sus escritos, pero no parece que influyeran demasiado en sus acciones políticas. Los nazis, empeñados en destacar las semejanzas y conexiones, se sentían con frecuencia defraudados: su pensamiento divergía más y más del totalitarismo racial de su propia doctrina. Resultaba difícil —y así lo apreciaron desde muy pronto los despachos del embajador— hallar las oportunas concommitancias. Éstas se referían sobre todo al entusiasmo que despertaban entre los falangistas los logros de los regímenes totalitarios que habían levantado a sus respectivos países de la postración al protagonismo político.

III. EL ACUERDO HISPANO-ITALIANO.

1. Italia despertaba, entre los seguidores de Franco y también en éste, a juzgar por sus propios testimonios escritos, una mayor simpatía que Alemania, la cual no se

aminoró a pesar de que fuera creciendo el menosprecio, acaso injusto, hacia sus valores militares. Los italianos parecían más próximos, menos rigurosos, menos eficientes también que los alemanes. El gesto del conde de Ciano el 24 de agosto, anunciando que el pago de la deuda se demoraría hasta el fin de la guerra, aumentó dicha simpatía. Los monárquicos españoles, que, como sabemos, mantenían relaciones con Mussolini desde hacía muchos años, creían que la restauración de la corona entraba dentro de los planes de Italia que, a fin de cuentas, era un reino. Esta visión no era completamente equivocada. Por su parte los diplomáticos italianos, aunque no acababan de descubrir los anhelados rasgos de fascismo militante en Franco y sus colaboradores,¹⁷ se mostraban menos exigentes y peor informados que los alemanes; el *Diario* de Ciano, tan poco fiable, es la mejor demostración de lo mal que funcionaban sus servicios de información, ya que muy pocas veces las noticias o los juicios coinciden luego con la realidad.

En octubre de 1936, ante la noticia de la designación de Franco, los italianos comenzaron a preocuparse; habían perdido más de dos meses enviando material de guerra pero sin conseguir resultados políticos. Tenían la impresión de que la propaganda alemana, provista de medios más eficientes y mostrándose más activa, estaba desplazándoles rápidamente. Filippo Anfuso, secretario de Ciano y responsable de los asuntos de España, sostuvo ante su jefe que la política a seguir no podía ser otra que la de conseguir la victoria de Franco, pues un triunfo republicano sería muy pernicioso para Italia: ahora bien, había que convencer al general de que España necesitaba de un régimen fascista copiado del italiano, ya que sólo así podría recuperarse y ofrecer las garantías de colaboración futura que se deseaban. De momento, añadía, Franco estaba absolutamente dominado por la derecha clerical, y esto debía corregirse.¹⁸

Anfuso, en compañía del coronel Mario Roatta, provistos de poderes para fijar compromisos y ayudas, se entrevistaron con Franco en Salamanca poco después de que Italia reconociera su régimen. Un protocolo secreto fue firmado el 28 de noviembre de 1936: no cabe duda de que los españoles sacaron buen partido de los deseos que tenía el Duce de adelantarse a su aliado alemán para obtener condiciones bastante favorables y nada comprometedoras. Según el embajador en Roma, von Hassel, y esta apreciación se confirma con la lectura del texto del documento mencionado,¹⁹ el Gobierno italiano se comprometía a ayudar al español a restablecer la independencia e integridad del territorio español; Franco, a su vez, se obligaba a no participar en coalición alguna que pudiera ir en perjuicio de Italia y a rechazar el artículo 16 de la convención de Ginebra que permitiera establecer las sanciones; recíprocamente se prestarían colaboración económica y se consultarían en todas las cuestiones que afectasen al Mediterráneo. Mediante este documento los «nacionales» legalizaban las compras de armas que efectuaban en Italia.²⁰

2. Los borradores de las instrucciones de quienes negociaron el protocolo secreto nos permiten comprobar algunos otros puntos de interés. Franco, para quien la ayuda exterior en aquellos momentos de fracaso a las puertas de Madrid, era cuestión de vida o muerte, había conseguido zafarse del compromiso más peligroso: otorgar a los italianos bases militares en España. Por el contrario, impuso a Mussolini el reconocimiento expreso de la integridad territorial española, estableciendo cierta garantía

jurídica en torno a las Baleares.²¹ El beneficio más importante que Italia obtenía mediante este protocolo secreto —aparte del prestigio militar que, sin duda, tenía in mente alcanzar mediante la intervención de sus divisiones en la Guerra Civil— radicaba en la declaración de nulidad del acuerdo secreto hispano-francés, que el Duce naturalmente conocía, suscrito por el Gobierno de la República, en cuya virtud en el caso eventual de una guerra, Francia estaba autorizada a utilizar suelo español en sus acciones contra Italia. Si tal guerra llegaba a producirse, el Generalísimo se comprometía a observar una neutralidad «activa», es decir, benévola, con respecto a Italia, permitiendo a ésta comprar suministros y utilizar vías de comunicación, terrestres, marítimas y aéreas, pero no por unidades militares, haciendo compatible esta utilización con otra que pudiera otorgarse, como así sucedió luego, a otros beligerantes.

Antes de la firma del tratado, y al comprobar que había italianos en las Brigadas Internacionales que se estaban formando en el otro bando, Franco o la Junta de Defensa autorizaron a sus representantes en Roma para que reclutasen voluntarios en Italia para la Legión extranjera ofreciendo las primas que en ésta se pagaban. Pero en sus primeras negociaciones en Salamanca, Roatta informó que el propósito de Mussolini era enviar unidades completas, con oficiales y armas, debiendo considerarse a sus miembros como legionarios con derecho a la paga de 2 pesetas diarias, que el Gobierno italiano complementaría con 20 liras. El Generalísimo no podía oponerse, aunque, como más adelante explicaría, aquello no le gustase mucho: una negativa por su parte hubiera significado la suspensión de la ayuda y la retirada del material y personal técnico que ya estaban actuando en su bando.²² Dijo, sin embargo, a Roatta que no necesitaba soldados, porque tenía suficientes, sino armas y, en todo caso, instructores que enseñasen su manejo.

Mussolini se congratulaba de haber obtenido un gran éxito con el protocolo del 28 de noviembre, porque estimaba que iba a permitirle desplegar en la península la gran actividad bélica que infundiría entusiasmo a los amigos y serios temores a los enemigos. En su mente, durante meses, anidará el convencimiento de que sus divisiones iban a resolver la contienda en un plazo muy breve. Von Faupel, al parecer, halló más dificultades: Franco accedió a la confirmación y prórroga del tratado comercial vigente, firmado el 6 de marzo de 1936 por el Gobierno del Frente Popular, hasta el 31 de marzo de 1937. De este modo ambas partes iban a disponer de un plazo suficiente para las negociaciones en las que los alemanes esperaban hallarse en condiciones de ser más exigentes.²³

3. Los alardes de presencia de los agentes nacionalsocialistas y de los consejeros fascistas en Salamanca y Burgos, provocaron pronto la alarma de algunos sectores que formaban parte del movimiento nacional, en especial los tradicionalistas y los eclesiásticos; estos últimos no ignoraban que el totalitarismo alemán, en los tres años y medio de ejercicio del poder, había demostrado animosidad contra los católicos y contra la Santa Sede. La Iglesia no deseaba salir de un peligro marxista para entrar en el sistema del socialismo nacional: a su juicio, lo que se debía decidir en la contienda española era otra cosa. Así lo venía explicando su jerarquía desde aquella carta conjunta de Olaechea y Múgica (6 de agosto de 1936), reiterada por el segundo de ellos el 8 de septiembre y por las declaraciones del obispo de Salamanca del 23 de agosto y del de Valladolid cinco días más tarde: lo que se estaba jugando en aquella

Guerra Civil, de cuyo desencadenamiento nada podía atribuirse a la Iglesia, era la posibilidad de que España siguiera siendo o no un país católico. En este punto nadie parecía albergar dudas —las divergencias surgían cuando se trataba de decidir cuál fuese el mejor camino para lograrlo— y así se reiteró, en la forma más solemne cuando Pío XI, hablando a peregrinos españoles presididos por los obispos de Cartagena, Vich, Tortosa y Seo de Urgel, todos ellos forzados exiliados, se refirió a los perseguidos en España como a «verdaderos mártires, en todo el sagrado y glorioso significado de la palabra». A esta definición se sumó también, sin la menor duda, el cardenal Eugenio Pacelli, secretario de Estado, futuro Papa, aunque entonces no se supiera. De ahí que, en el mismo momento en que se tomaban por parte de la Junta de Defensa, las importantes decisiones que conducirían a la instauración del régimen de Franco, el obispo de Salamanca, Enrique Pla y Deniel, catalán de nacimiento, se ocupara en redactar su extensa carta pastoral, *Las dos ciudades* (30 de septiembre de 1936),²⁴ en la cual, sintetizando todos los argumentos anteriores, fijaba doctrinalmente la posición: aquella guerra, con sus terribles consecuencias, debía contemplarse como una cruzada para obtener el restablecimiento de la religión católica.

Así pues, la presencia de «voluntarios» extranjeros, imprescindible a causa de la derrota ante Madrid, no dejaba de presentar graves inconvenientes también para Franco, que quería lograr el apoyo de la Iglesia afirmándose en esa idea de cruzada. Los medios diplomáticos europeos, que no protestaron cuando la ayuda soviética comenzó a poner en pie un Ejército rojo internacional, las «Brigadas», pusieron el grito en el cielo cuando se dio la noticia de que comenzaba a actuar la Legión Cóndor: el sólo nombre de Alemania puesta en pie de guerra inspiraba grandísimo temor. El Gobierno de la República pudo esgrimir ante la Sociedad de Naciones en Ginebra, el 10 de diciembre, una nueva tesis, la de que estaba defendiéndose de una invasión extranjera. Sin embargo en este momento no había en España más italianos que los que figuraban en las Brigadas Internacionales y los 160 que constituían una compañía dentro de la Legión: los primeros 3.000 camisas negras llegaron a Cádiz el 22 de diciembre. Además, Franco podía alegar que ya no era un simple general rebelde pues tres países, Guatemala, Italia y Alemania le habían reconocido y otros no tardarían en seguir su ejemplo.

Muy pronto los ánimos se enfriaron: indudablemente el material empleado por la Legión Cóndor era inferior al enviado por los soviéticos y se tuvo de este modo la engañosa sensación de que no había tanto peligro alemán como se había supuesto. Las Brigadas Internacionales contaban, a finales de 1936 con 35.744 soldados, un número que no alcanzarían las divisiones fascistas hasta finales de febrero de 1937. Sólo entonces, llegado el máximo de disponibilidades de ayuda, se mostraron las potencias dispuestas a poner en marcha los dispositivos de la no intervención prohibiendo el envío de voluntarios.²⁵

IV. BATALLAS EN TORNO A MADRID.

1. Las decisiones adoptadas el 23 de noviembre de 1936 no significaban la renuncia a Madrid; se trataba de un cambio de planes para la conquista de la capital; de

modo que, durante todo el invierno, las operaciones militares giraron en torno a este objetivo y la decisión de pasar a la ofensiva en otra parte, buscando la victoria final por otros caminos, no fue tomada hasta mucho tiempo después. El 6 de diciembre, Mola reorganizó sus fuerzas en lo que significativamente llamó Cuerpo de Ejército de Madrid; extrayendo un tercio de sus efectivos a las unidades bajo su mando, constituyó una División móvil de 10.000 hombres a fin de emplearlos en crear superioridad transitoria en aquellos puntos donde debía conseguir la ruptura. Franco pensaba de la misma manera y, al parecer —nunca podemos estar seguros cuando de intenciones se trata— seguía subyugado por la obsesión de Madrid: rechazó la propuesta de Saliquet que le pedía autorización para un ataque a fondo por la línea Galapagar-Torrelodones-Colmenar Viejo-San Agustín de Guadalix hasta desembocar en Alcalá, aislando las fuerzas enemigas de la sierra sur y afirmó desde el 7 de diciembre que su propósito era atacar al norte desde Boadilla a la carretera de La Coruña y por el sur sobre el Jarama, fijando Titulcia como punto de ruptura. Miaja temía un desbordamiento del frente más al norte, mediante la División de Soria, mandada por Moscardó, que estaba próximo a Guadalajara y ordenó a Jiménez Orge reforzar esta zona tomando Sigüenza; pero esta batalla, entre el 1 y el 7 de enero de 1937, conducirá a un nuevo empate pues Moscardó conseguirá recobrar las posiciones y villas que en el comienzo de la ofensiva los republicanos tomaran.²⁶

La idea de cortar la carretera de La Coruña para cerrar las comunicaciones entre Miaja y sus importantes reservas inmovilizadas desde El Escorial a Somosierra, se tuvo muy pronto puesto que la orden de ocupar Pozuelo, Aravaca y la Cuesta de las Perdices lleva la fecha de 28 de noviembre de 1936;²⁷ pero la ejecución de ésta al día siguiente, fue un fracaso y produjo tan sólo la sensación de que las fuerzas enemigas eran muy superiores. La orden, renovada el 13 de diciembre, tampoco produjo resultados en los días siguientes, pues la espesa niebla que dominó en la zona los días 14 y 15 obligó a los nacionales a conformarse, tras inútil forcejeo, con consolidar posiciones en Boadilla y Villanueva de la Cañada, lejos de la ansiada carretera. Fue necesario reorganizar las unidades y esperar una coyuntura favorable. Mientras tanto se hacían y preparaban algunas decisiones destinadas a mejorar la imagen del bando nacional: la entrega de despachos a la primera promoción de alféreces provisionales, inmediatamente enviados al frente, indica que se estaba procediendo a la constitución de nuevos regimientos; el 2 de enero la prensa anunció que Franco había ejercido por primera vez la prerrogativa de los indultos conmutando setenta penas de muerte dictadas por tribunales militares; en adelante, el «enterado» antes de la ejecución de las sentencias sería muy difícil de soslayar. El Generalísimo afirmaría luego que por este medio redujo a menos de la mitad las ejecuciones cumplidas. También se publica en la prensa el 10 de enero de 1937 la lista de partidos y organizaciones políticas a la que es de aplicación el decreto de disolución y confiscación de bienes.

El 3 de enero de 1937 aprovechando que las reservas de Miaja estaban empleadas en otra parte, los nacionales consiguen una ruptura del frente en las proximidades de Las Rozas de siete kilómetros de extensión. De las tres fases señaladas por Orgaz sólo dos se cumplieron: pero los atacantes lograron, en cuatro días, apoderarse de Majadahonda y de Las Rozas, cruzar la carretera de La Coruña por el km. 13 y tomar Pozuelo y Aravaca. A toda prisa, los republicanos fortificaron Torre-

lodones y El Escorial, temerosos de ser desbordados, y llevaron refuerzos a la zona amenazada. De modo que, de nuevo entre la niebla, se libró hasta el 13 de enero, una terrible batalla de desgaste. Franco la apuntó como una victoria, lo que resulta bastante dudoso, teniendo en cuenta que logró una considerable mejora en sus posiciones y que las pérdidas del enemigo eran más cuantiosas que las suyas.

2. La masa principal de combatientes estaba siendo empleada en el otro sector, al sudeste de la capital. El 19 de enero de 1937 los republicanos lograron recobrar el Cerro de los Ángeles, pero al día siguiente lo perdieron. Ellos también estaban preocupados por el incremento de fuerzas que detectaban en sus adversarios: por eso se proyectaron ataques en gran escala —de esto trataremos más adelante— en otros frentes lejanos, del Norte y de Extremadura, intentando obligar a las reservas de Mola a dirigirse a otros lugares alojando el dogal en torno a Madrid. De acuerdo con las instrucciones, algunas veces manuscritas, que Franco y Mola redactaron el 19 de diciembre y el 10 de enero de 1937, la gran operación concebida consistía en rodear Madrid desde el Sur, utilizando tres puntos de penetración: la confluencia del Jarama con el Manzanares, San Martín de la Vega y Titulcia; mediante una penetración a fondo, se deberían perforar todas las comunicaciones del enemigo, confluyendo finalmente en Alcalá. Propósito último, cercar Madrid por completo. Para la realización de esta magna operación Orgaz iba a recibir refuerzos especiales hasta contar con 57.829 hombres.

El 14 de enero de 1937 Sebastián Pozas, que nada sabía de estos proyectos aunque es lógico pensar que algo de ellos barruntaba, hizo a Miaja una propuesta: que el defensor de Madrid amagase en la Casa de Campo a fin de retener en ella el mayor número posible de tropas enemigas mientras él, que podía contar ya con los internacionales, lanzaba los dos ataques que deberían liberar Madrid, por el norte desde Torreloredones, sector secundario, y por el sur, desde las orillas del Jarama, para despejar la carretera de Andalucía y romper las conexiones de los sitiadores de la capital con Toledo. Miaja nunca quiso tomar en consideración esta propuesta: para él el punto en que debería lograrse la ruptura del frente enemigo se hallaba en Brunete. Retengamos este nombre. Pozas insistió: con 18 Brigadas y 46 batallones tenía superioridad sobre el enemigo. Pero Miaja no quiso nunca plegarse a los deseos de su colega.

Las lluvias fueron un fenómeno meteorológico tan desfavorable como la niebla en la carretera de La Coruña. Se retrasó el comienzo de la ofensiva porque el suelo estaba convertido en un barrizal. De todas formas Orgaz se adelantó a Pozas ocupando el 6 de febrero la fábrica de La Marañosa y Ciempozuelos. Pozas disponía de reservas abundantes y no dudó en emplearlas, de modo que la batalla se hizo terrible: cada metro de terreno iba a ser disputado con toda clase de medios. El 10 de febrero, cuando ya el Ejército del Sur era dueño de Málaga, Varela hizo cruzar a los suyos el Jarama por el puente del ferrocarril, que se halla en Pindoque; en los días siguientes, con enorme esfuerzo por la acumulación de fuerzas enemigas, la cabeza de puente se amplió. Los internacionales se defendieron especialmente en las pequeñas alturas del Pingarrón, pero fueron desalojados. La ofensiva se detuvo muy poco antes de alcanzar la carretera de Valencia.

El 15, Pozas, que se había apuntado sin duda un gran éxito en la defensa, hubo

de ceder el mando a Miaja que de este modo unificó la dirección de todo el sector. Bajo estas condiciones aceptó también el sacrificio de desprenderse de algunas de las fuerzas de que disponía en Madrid. La idea era destrozar a los nacionales mediante una ofensiva de grandes dimensiones. Allí estaba Enrique Lister, que cobraría extraordinaria fama. Pero así como en la defensiva el mando republicano pudo apuntarse un considerable éxito, la ofensiva resultó para él un trágico fracaso. Comenzó el 18 de febrero: el primer hecho notable a señalar, precisamente en ese día, fue un combate aéreo cuya victoria se atribuyeron ambas partes. No hay que hacer demasiado caso de las noticias de propaganda; pero el hecho era que la superioridad de que los defensores de Madrid se habían beneficiado hasta entonces, terminó: italianos, alemanes y españoles igualaban a los soviéticos impidiéndoles el dominio del aire. Los internacionales nunca pudieron recobrar las lomas sangrientas del Pingarrón.²⁸

3. Desde muy pronto, el alto mando gubernamental había pensado que el cerco en torno a Madrid no iba a ser despejado mediante ataques directos: juzgaba imprescindible desencadenar ofensivas en otros lugares para obligar a Franco y Mola a retirar de él parte de sus fuerzas. La misión encomendada a Francisco Llano de la Encomienda, un general de estirpe aristocrática, cuando se le entregó el mando supremo, sobre todo el frente norte –José Antonio Aguirre se negó durante mucho tiempo a acatar su autoridad–, fue precisamente ésta: emplear las fuerzas disponibles en Asturias, Santander y Vizcaya en operaciones ofensivas. Muy pronto admitió Llano que los batallones santanderinos no podían ser empleados aisladamente y fijó dos objetivos: tomar Oviedo, pues los efectivos eran suficientes, y avanzar sobre Vitoria tomando por la espalda a Mola.

Desde el día 17 de octubre de 1936 la columna de Martín Alonso procedente de Galicia, había conseguido abrir un pasillo de comunicación con Oviedo, según dijimos; pero la situación de la capital asturiana, como informaba Aranda ya el día 19 era sumamente difícil, pues seguía siendo como un modesto y arruinado fortín, que costaba mucho trabajo defender dada la escasez de medios de que disponía. Mola estaba de acuerdo y sus instrucciones apuntaban a la ocupación del triángulo cuyos vértices se hallaban en Trubia, Avilés y Gijón respectivamente, pero Aranda le desengañó: con las unidades de que disponía, incluyendo el tabor de regulares, apenas si podía atender a la defensa. Todo dependía del éxito que Segundo Blanco y el coronel Franco alcanzaran en sus esfuerzos para transformar en Ejército las nutridas Milicias que mandaban; si esto era así, Oviedo podía darse por perdido. Mientras tanto se registraban periódicamente esfuerzos para estrangular el precario pasillo abierto. Los primeros ataques, desde Santullano y Riviellas, tuvieron lugar entre el 27 y 30 de noviembre, pero los «nacionales» resistieron.

En este momento se hallaba la ofensiva sobre Vitoria en su momento más enconado. De acuerdo con las sugerencias de Llano de la Encomienda y, sobre todo, porque era necesario para Aguirre ampliar su dominio de territorio vasco, el Estado Mayor en Bilbao comenzó a estudiar la operación antes del 8 de noviembre. A los 24 batallones vascos se iban a sumar otros 18 santanderinos y también asturianos hasta constituir una masa de maniobra verdaderamente importante, de más de 40.000 hombres. La idea era concentrar el ataque sobre Villarreal de Álava, donde se espe-

raba lograr la ruptura, mientras que los otros batallones procedentes de Santander —había entre ellos tropas de línea normales— subiendo los Tornos desbordarían los farallones de la meseta, atacando Espinosa de los Monteros y Soncillo. Este segundo ataque fracasó por completo y Burgos ni siquiera se sintió inquieta.

En Villarreal estaba Solchaga con 638 hombres. En un primer momento, roto el frente, la villa quedó cercada, no sin que antes entrara en ella el refuerzo de un tabor de regulares enviado desde Zaragoza. Los soldados atacantes eran bisonos y así fueron fácilmente víctimas de ataques de la aviación, que contribuyó a dispersar algunas de sus unidades. Entre los días 30 de noviembre y 3 de diciembre, el general Solchaga defendió Villarreal, dando tiempo a que Camilo Alonso Vega, el amigo de Franco de los tiempos de África, acudiera con los refuerzos.

El día 3 de diciembre las comunicaciones con Villarreal quedaron restablecidas y comenzaba la contraofensiva de Mola, que duró hasta el 24 de diciembre; todas las posiciones perdidas fueron recuperadas de modo que al final del año la línea de frente había vuelto al punto de partida. Las posiciones que ocupaban ahora los nacionales eran mejores e iban a permitirles preparar a su vez la gran ofensiva. Las pérdidas vascas en esta operación, seis mil bajas de las que mil corresponden a muertos, fueron tan cuantiosas como las registradas en la defensa de Madrid, con menor fruto.

4. Llano de la Encomienda no se sentía responsable de este revés: se había demostrado, por el contrario, la veracidad de una de sus afirmaciones. De nada servían los hombres y los medios sin tener mandos y preparación militar adecuados. El Ejército vasco y los batallones socialistas y comunistas, en especial el Meabe, que colaboraban con aquél, no la tenían. Era imprescindible convertir las Milicias en unidades de línea, imponer la disciplina y aprender a combatir. Oviedo podía ser el gran campo de experimentación. Además, su conquista, tras la pérdida un tanto vergonzosa de Málaga, serviría para compensar los ánimos muy decaídos. El plan no podía ser otro que el de cortar el pasillo de comunicación. La primera orden de operaciones de Llano de la Encomienda fue dada el 25 de enero de 1937.

En este momento Antonio Aranda, ascendido, ocupaba la jefatura de la División Orgánica, equivalente como sabemos de las antiguas Capitanías Generales, lo que le proporcionaba el mando sobre todas las fuerzas de Galicia, León y Asturias, de modo que podía tomar decisiones más importantes. El 29 de enero de 1937 Franco encargó a Mola el estudio de dos planes muy diferentes para resolver la situación de Oviedo que, desde el punto de vista militar, eran un absurdo: uno consistía en avanzar las líneas desde Lueca hasta Avilés, asegurando así un frente más corto y más seguro; el otro contemplaba una acción de despeje desde el propio Oviedo a fin de que Trubia, la Manjoya y Cayés, tan importantes para la industria militar, comenzaran a producir para sus propias fuerzas. Aranda informó a su vez: eran necesarios refuerzos mucho mayores para pensar en pasar a la ofensiva.

La gran batalla de Oviedo comenzó el 16 de febrero de 1937, aniversario de la jornada electoral que diera al Frente Popular el Gobierno de la República: la ciudad estaba rodeada de cañones que durante tres días demolieron gran parte de las casas, causando víctimas en número muy superior al que padecería Guernica meses después. No hubo, en esta ocasión, recurso de propaganda. El 21 comenzó el asalto: los milicianos subieron valientemente las cuestas del Escamplero pero fueron rechaza-

dos y obligados a retroceder. Las posiciones en San Esteban de las Cruces contemplaron un terrible forcejeo. Luego los republicanos trasladaron sus vértices de ataque a San Claudio y a San Lázaro. El resultado fue el mismo: las ruinas en que poco a poco se desmoronaba la ciudad, servían ahora de trincheras y de parapetos. Dos o tres veces se anunció que el asalto final iba a tener lugar. Siempre se estrellaba contra la dura resistencia, mejor organizada.

Comenzó a llover. Desde el 5 de marzo, mientras la lluvia intensa impedía a los artilleros mostrar eficacia, la iniciativa cambió de mano. Ahora eran los soldados de Aranda los que se lanzaban al asalto por la loma de Pando, quitando al enemigo un precioso terreno. Sin embargo, la batalla era tan dura y las pérdidas tan serias que, el 6 de marzo, el defensor de Oviedo envió al cuartel general de Salamanca una propuesta alternativa: o se aprovechaba la oportunidad del quebranto moral causado a los «rojos» para lanzar la ofensiva y tomar Gijón o se abandonaba Oviedo, que era una pesadilla, para instalar en Grado la línea en mejores condiciones. Franco rechazó ambas propuestas. Todavía pensaba que en Madrid se estaba jugando la baza definitiva.²⁹

Surge inmediatamente la pregunta: ¿por qué no quiso abandonar Oviedo si, de acuerdo con la ciencia militar, era ésta la solución correcta? Se han formulado dos explicaciones, ninguna de las cuales aparece confirmada por los documentos. Oviedo era, para Franco, una ciudad sentimentalmente muy significativa y su conservación tenía valor psicológico. Por otra parte es muy cierto que, a lo largo de toda la guerra, él mostró claro empeño en no ceder nunca una posición al enemigo, recuperando además las que hubiera perdido. De hecho la gran batalla de Oviedo que terminó en la primera semana de marzo causó desmoralización en las milicias asturianas: Belarmino Tomás hubo de dictar órdenes severas contra los desertores, «emboscados» o inútiles voluntarios.

V. LAS GESTIONES DEL DOCTOR JUNOD.

1. Los meses del invierno fueron especialmente difíciles para el Generalísimo: a la euforia inicial, que probablemente no compartía, pues en sus escritos y conversaciones se refería siempre a una guerra larga, sucedía una ominosa sensación de empuje; los boletines radiados cada noche —el «parte», como muy pronto se los denominó por incluir en ellos el del Cuartel General— se referían a ganancias que eran simples números de pequeñas cotas en los mapas topográficos. Se estaba entrando en una situación que daba pie a que, en medios políticos ingleses, afectos a la Masonería, se comenzara a abrigar la esperanza de poner fin a la contienda mediante una negociación.³⁰ En esto coincidían también los sectores eclesiásticos catalanes y vascos presentes en Roma, con Múgica y Barraquer. La cuestión de las represalias que se producían en ambas zonas podía dar pie a esta solución.

Tras los estudios de Salas Larrazábal³¹ algunas conclusiones pueden darse por establecidas: hubo represalias, como sucede en toda guerra civil, y por razones de propaganda el alcance de dichas represalias fue exagerado. Cada bando mostraba empeño —y aún lo sigue mostrando— en decir que sólo las ejercidas por el enemigo eran vituperables y dignas de consideración, porque las propias no eran sino «justi-

cia administrada directamente por el país, por el pueblo, en ausencia absoluta de los órganos de justicia tradicional, que había fracasado». ³² Esta frase pertenece a José García Oliver, ministro de Justicia, que tiene además fama de haberse comportado humanitariamente ante muchos de los desmanes que se cometieron. El miedo a los enemigos en retaguardia, el odio despertado por las noticias aportadas por los fugitivos referidas a espeluznantes crímenes, y los secretos deseos de venganza, muchas veces por motivos privados, alimentaron esta crueldad. Ni el Gobierno, ni la Junta de Defensa y luego el Generalísimo, estaban en condiciones de impedirlo. ³³

Otra pregunta es, ¿lo deseaban? Si atendemos a los alegatos de los enemigos la respuesta es negativa. Hay un empeño en nuestros días para presentar a Franco como un frío y cruel exterminador, pero para ello se alude a conversaciones más que sospechosas. Aquí vamos a prescindir de testimonios de los enemigos para emplear únicamente las quejas de quienes eran responsables en cada bando; son tan abundantes que no permiten duda. Desde finales de 1936 una de las principales preocupaciones de los dos Gobiernos en guerra consistió precisamente en encauzar, por vías judiciales, la represalia. Nadie pensó entonces en suprimirla. En el bando «nacional» las causas se confiaron a tribunales militares, sometidos a Auditorías de guerra y a los respectivos capitanes generales. Las garantías, para los reos, no eran muchas pero la situación resultaba menos dañina: algunas de las sentencias de muerte o de prisión hubieran sido pronunciadas también por tribunales civiles dados los crímenes cometidos por los acusados, pero Franco no quiso nunca que éstos interviniesen.

Es un tema, el de las represalias, que llena naturalmente de amargura a los supervivientes de aquella época, víctimas directas o indirectas de sus repercusiones, pero que no puede en modo alguno soslayarse. Los enemigos de Franco han insistido en la frialdad con que ordenaba las ejecuciones; pero existe en este caso un error o falsificación, pues en realidad su firma sólo era necesaria para los casos de indulto que, según su propio testimonio, confirmado por datos estadísticos, alcanzó a más de la mitad de las sentencias pronunciadas. Como hemos indicado, el 2 de enero de 1937 publicó dos decisiones que fueron aireadas por la prensa como parte de una política: el decreto ordenando a los gobernadores civiles proporcionar trabajo a todos los obreros que no lo tuvieran, mediante ejecución de obras públicas, y la conmutación de setenta penas de muerte. Cuando, en diciembre de 1936, Franco dijo al embajador italiano, Cantaluppo+, que el fusilamiento de prisioneros había sido cortado, no estaba diciendo la verdad, pero seguramente estaba convencido de ello.

2. En Madrid unas ocho mil personas habían conseguido salvarse buscando refugio en las legaciones extranjeras que el Gobierno de la República respetó, aunque no siempre lo hicieron las Milicias sindicalistas y socialistas. Gran Bretaña y Estados Unidos, como dijimos, se negaron a hacerlo, algo que fue más tarde reprochado como un gesto de malevolencia. No fue así: lo que preocupaba a estos Gobiernos y a sus embajadores era que se estaba produciendo, por razones humanitarias, un cambio muy importante en las prácticas del derecho internacional, cuyas consecuencias futuras resultaban imprevisibles. El Gobierno británico quería que, de acuerdo con las leyes establecidas, se lograra una intervención humanizadora de la guerra a través de la Cruz Roja: es posible que no advirtiese la contradicción, pues esta última sólo podía lograr la protección de los no combatientes, en especial mujeres y niños

y lo que en España se estaba decidiendo era la suerte que podían correr muchos miles de hombres en edad militar considerados como potencialmente beligerantes y enemigos.

Las cárceles estaban llenas de prisioneros cuya suerte era incierta y más tras las «sacas» de Paracuellos. Desde el 2 de agosto el delegado de la Cruz Roja, doctor Junod, se hizo cargo de una mediación entre ambas zonas para conseguir el rescate de prisioneros. Primero estuvo en Madrid y luego en Burgos donde todavía funcionaba la Junta de Defensa. Ambas partes se mostraron de acuerdo en recibir misiones de la Cruz Roja Internacional —que nada tenían que ver con las respectivas juntas nacionales de la misma denominación— para ocuparse de lo que contribuyese a humanizar la guerra, en Burgos, Sevilla, Madrid y Barcelona. En los dos casos la actitud respecto a la salida de mujeres y niños fue generosa, pero muy reticente cuando se trataba del resto de los detenidos que eran considerados como delincuentes sometidos a proceso. La única solución era, por tanto, el canje de unos prisioneros por otros, en forma de rescate.

El doctor Junod pudo congratularse del éxito obtenido: el 10 de octubre de 1936 el presidente Aguirre firmó un acuerdo y al día siguiente 113 mujeres detenidas salieron hacia Francia mientras otras 50 eran puestas en libertad; respondiendo a este gesto, Franco aceptó el 19 del mismo mes un compromiso semejante como resultado del cual cuatro expediciones, la última de ellas el 23 de diciembre, trasladaron un total de 779 personas, también hombres mayores de sesenta años o menores de 18, es decir, no insertos en lo que entonces se consideraba edad militar.³⁴ Habría que sumar a esto el telegrama de Franco del 6 de noviembre prohibiendo juzgar a sacerdotes; de la forma en que eran obedecidas sus órdenes puede juzgarse porque los dos últimos de la lista fueron ejecutados en la madrugada del 7.

3. Eden cobró grandes esperanzas tras el éxito de las gestiones del doctor Junod: el 21 de octubre hizo a ambos gobiernos una propuesta formal para organizar un canje de prisioneros en gran escala, pero Álvarez del Vayo, ministro de Asuntos Exteriores, replicó que no había tales prisioneros de guerra a los que pudiera alcanzar la convención de Ginebra sino sólo delincuentes incurso en un delito de rebelión militar. El ministro británico informó en la Cámara de los Comunes que esta respuesta cerraba un camino ya que se necesitaba de las dos partes para el intercambio, pero que puesto que vascos y catalanes mostraban intenciones de seguir negociando por esta vía, era su propósito continuar los esfuerzos. El embajador Chilton, tras la evacuación de Madrid por el Gobierno de la República, se había instalado en San Juan de Luz desde donde no le era difícil mantener contactos con ambas zonas. Pero la gestión humanitaria fracasó cuando el 4 de enero de 1937, las cárceles bilbaínas fueron asaltadas como represalia de un bombardeo aéreo y 244 presos murieron asesinados: Franco se negó a seguir negociando mientras no existiesen las garantías necesarias; en su zona nadie asaltaba cárceles.

El Gobierno británico, tras anunciar en la prensa francesa este fracaso, mantuvo los contactos ya establecidos; a ello le movían razones muy distintas. Quería salvar su comercio y ganar al mismo tiempo aquella posición que debía permitir a una potencia neutral ofrecerse como mediadora entre contendientes que no pueden lograr la victoria. El agregado comercial, señor Pack, estuvo en Salamanca en enero

de 1937, despertando los temores de von Faupel que veía cómo se escapaban algunas de sus más brillantes perspectivas.³⁵ De hecho el 14 de enero se anunció ya la firma de un primer acuerdo comercial que permitía a la Junta Técnica comprar 750.000 toneladas de carbón inglés, compensando la remisión con los productos tradicionales españoles. El 20 de febrero de 1937 aumentaría la alarma del embajador alemán cuando Franco le dijo que un cónsul francés había estado intentando restablecer las relaciones comerciales, aunque, en este caso, la respuesta fuera que no había que pensar en ello mientras no cesase la ayuda al Ejército «rojo».³⁶ Como de pasada, el Generalísimo dijo al embajador que él sabía que el Estado Mayor francés había informado al presidente de su Gobierno que los frentepopulistas no podían ganar la guerra.

Las relaciones internacionales se tornaban cada vez más complicadas y favorables a los propósitos de Franco. Estaba recibiendo ayuda de Alemania e Italia en términos estrictamente comerciales y había concluido con la segunda un acuerdo de amistad que a nada serio le comprometía, y construía un sistema de relaciones que compensaba la antigua vinculación con Francia. Más aún, desde enero o febrero de 1937 percibía tímidos tanteos franceses e ingleses para restablecer la comunicación comercial. De todo se congratulaba.

AHN, R. de La Cierva, «La matanza de Paracuellos» en *La Historia se confiesa*, III, Barcelona, 1978, pp. 24-28, y Ian Gibson, *Paracuellos: como fue*, Barcelona, 1983, proporcionan desde ángulos muy diferentes noticias de gran importancia. Ambos coinciden en señalar a Santiago Carrillo como responsable principal, mientras que este último lo niega arrojándola sobre Muñoz y sobre Segundo Serrano Poncela.

²⁰ J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra...*, p. 416. A las víctimas no se ocultó en ningún momento cuál era el destino que les aguardaba. Muchas de ellas murieron rezando, convencidos de que su condición de católicos era la causa fundamental. Pero la explicación dada por Carrillo resulta inequívoca: se trataba de una operación de exterminio previo de posibles enemigos en el momento del asedio.

²¹ Seguimos puntualmente a J. M. Martínez Bande, *La marcha...*, pp. 289-350.

²² El cónsul italiano avisó directamente al Duce y no a Franco. Mussolini convocó al cónsul francés en Roma a su despacho para advertirle que en este caso Italia no permanecería indiferente. La ocupación de Cataluña figuró en determinados momentos como proyecto francés. J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 104-105.

²³ La orden publicada por J. M. Martínez Bande, *La marcha...*, pp. 263-264.

Notas al Capítulo 20.

¹ H. Thomas, *op. cit.*, II, pp. 539-541, insiste mucho en este aspecto: las tres operaciones del invierno fueron batallas de desgaste y como tal deben ser consideradas. Por ejemplo la desaparición del batallón Thaelmann de voluntarios comunistas alemanes fue un hecho de gran relieve.

² Antes de responder a esta demanda, Hitler decidió consultar a su aliado italiano por qué no quería aventurarse sólo en la empresa, W. von Oven, *op. cit.*, pp. 358-359. En la entrevista que von Neurath celebró el 21 de octubre de 1936 con el conde de Ciano, éste le dio cuenta de la opinión de Mussolini acerca de que Franco no podría ya ganar la guerra si no le enviaba un cuerpo de soldados italianos. El menosprecio hacia los dirigentes españoles fue constante y de gran importancia.

³ Franco Nogueira, *op. cit.*, III, pp. 27 y 45-48.

⁴ La obra fundamental acerca de la Legión Cóndor es la de J. Salas Larrazábal, *La guerra española desde el aire*, Barcelona, 1972, que ha sido traducida al alemán y al inglés; debe completarse con su *Intervención extranjera en la guerra de España*, Madrid, 1974. El propio autor ha resumido para la *Historia General de España y América* de Rialp, tomo XVII, sus principales conclusiones.

⁵ W. von Oven, *op. cit.*, pp. 548-557.

⁶ Sobre la opinión italiana ver J. Tusell y G. García, *Franco y Mussolini*, p. 15 y ss.

⁷ Franco Nogueira, *op. cit.*, III, p. 69.

⁸ De alguna manera la Embajada norteamericana en Berlín tuvo información de lo que se preparaba. Hizo a su Gobierno una advertencia. Desde aquel momento, mediado el mes de noviembre de 1936, Hitler y Mussolini se habían comprometido a dar la victoria a Franco; un fracaso de éste sería su propia derrota. John F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 125-126.

⁹ Telegrama de 17 de noviembre en *Wilhelmstrasse*, III, pp. 92-93.

¹⁰ Este disgusto era atribuido por Kindelán, en carta a Franco del 26 de noviembre, pub. por Franco-Salgado, *Mis conversaciones...*, p. 441, al hecho de que Ramón Franco, comunista y masón, hubiera sido ascendido y puesto al frente de la base de Palma por ser hermano del Jefe del Estado.

¹¹ Faupel no tenía título todavía de embajador sino de «representante diplomático». Nota del 18 de noviembre. *Wilhelmstrasse*, III, p. 95.

¹² R. de La Cierva, *Franco*, p. 193.

¹³ En sus memorias Largo Caballero dice que la noticia del fusilamiento llegó cuando aún el Gobierno estaba discutiendo sin llegar a una solución, pues las opiniones eran encontradas, Stanley G. Payne, *Falange*, p. 114. Azaña, por su parte, se excusa diciendo que él no podía hacer nada porque estaba en Barcelona en la impotencia. Si estas afirmaciones

son ciertas significaría que el Gobierno de la República había perdido toda sombra de autoridad.

¹⁴ Utilizamos el texto del libro *Crónica de la Sección Femenina*, todavía inédito al escribirse estas líneas. Editado en Madrid en 1993. Ver sobre esto Luis M.^a Sandoval, *José Antonio visto a derechas*, Ed. Actas, Madrid, 1998, donde se recogen las últimas investigaciones.

¹⁵ Máximo García Venero, *op. cit.*, p. 250 y ss.

¹⁶ R. de La Cierva, *Franco*, p. 195: «lo que parece claro es que Franco no sintió nunca simpatía por los mandos superiores de Falange, a la que consideraba acéfala y políticamente fuera de juego sin José Antonio Primo de Rivera».

¹⁷ Durante los primeros meses de la Guerra Civil los informes de los cónsules italianos fueron negativos hacia los generales sublevados y también hacia Franco. El 14 de setiembre, demostrando ignorancia completa de la situación, Ciano telegrafió al cónsul en Tánger —hacía mucho tiempo que Franco había abandonado África— ordenándole recomendar al general que en sus discursos hiciese mención de los obreros y de la revolución social para quitar al Alzamiento su aire conservador. J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 118-120.

¹⁸ J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 123-124.

¹⁹ El informe del embajador en Roma, pub. en *Wilhelmstrasse*, III, pp. 105-107, lleva la fecha del 1 de diciembre. Ver J. Salas Larrazábal, *La intervención extranjera en la guerra de España*, Madrid, 1974, p. 186 y ss.

²⁰ Al parecer el embajador norteamericano en Berlín comentó con el secretario interino de Asuntos Exteriores, Dieckhoff, que con este pacto, España quedaba subordinada a Italia como Albania lo estaba ya. Roberto Cantaluppo, *Embajada en España*, Barcelona, 1951, pp. 96-98, testigo de excepción en este caso, concluye diciendo que en aquel acuerdo Italia lo daba todo y España nada salvo palabras.

²¹ Texto y comentarios del acuerdo, en la línea que aquí aceptamos, en J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 150-161 y 367-369.

²² En este momento había en España 50 tanques ligeros italianos, 50 piezas de artillería, 24 cazas Fiat y 19 bombarderos Savoia con su personal correspondiente. Era muy poca cosa. H. Thomas, *op. cit.*, II, pp. 616-617.

²³ El documento de prórroga en *Wilhelmstrasse*, III, pp. 151-152. La primera intervención de la Legión Cóndor había tenido lugar el 15-16 de noviembre en el frente de Madrid como apoyo a las unidades de Varela.

²⁴ Excelente el análisis de J. M.^a García Escudero, *op. cit.*, tomo III, p. 1.449.

²⁵ J. y R. Salas Larrazábal, *op. cit.*, p. 419-420.

²⁶ El núcleo fundamental de este ataque fracasado a Sigüenza era la XII Brigada Internacional. R. de La Cierva, *Franco*, p. 198.

²⁷ El trabajo fundamental acerca de las operaciones en el invierno de 1936-1937 es el de J. M. Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, Madrid, 1984. Todos los datos que aquí manejamos, salvo indicación en contrario, proceden de esta monografía indiscutible, de estricto carácter técnico.

²⁸ Las consecuencias últimas de las dos batallas de la carretera de La Coruña y del Jarama son difíciles de establecer. J. y R. Salas Larrazábal, *op. cit.*, pp. 44-45, lo mismo que R. de La Cierva, *Guerra civil...*, p. 100, concluyen que las ganancias, aunque escasas, fueron para los nacionales que pudieron rectificar el frente y eliminaron para siempre los proyectos de envolvimiento. En adelante el plan de Miaja-Rojo sobre Brunete sería la única perspectiva de despeje para la angustiosa situación de Madrid.

²⁹ Seguimos a Martínez Bande, *Nueve meses de guerra en el norte*, pp. 235-249.

³⁰ La Masonería comenzaba a tener conciencia de que iba a ser la gran perdedora. Perseguida en la zona «nacional», a pesar de que algunos oficiales sumados al Alzamiento eran masones, dicha persecución se intensificaría más tarde. El Cuartel General tuvo conocimiento de un documento que la V.O. había remitido el 6 de agosto para establecer contacto con quienes luchaban en el frente de Madrid (*Documentos*, I, p. 71) y admitió la tesis de que la Masonería, en cuanto institución, era sostén muy principal del Frente Popular. Pero en la URSS la Masonería también estaba perseguida, de modo que conforme aumentaba el poder comunista, aumentaba para ella el riesgo de rechazo.

³¹ Especialmente el pequeño y muy sustancioso libro de J. Salas Larrazábal, *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, 1980. Ver también A. D. Martínez Rubio, Paz, piedad, perdón... y verdad, Ed. Fénix, Madrid, 1997.

³² H. Thomas, *La guerra civil*, p. 568.

³³ En Pamplona tanto Mola, como el gobernador civil, como el obispo Olaechea protestaron con gran amargura por los asesinatos que se cometían, sin poderlos impedir. J. M.^a García Escudero, *op. cit.*, III, pp. 1.467-1.468.

³⁴ Estas gestiones han sido aclaradas por F. V. Sevillano Carvajal, *La diplomacia mundial ante la guerra española*, Madrid, 1969.

³⁵ El 7 de enero Faupel recomendaba entregar poderes a Bernhardt para presionar sobre la Junta Técnica y especialmente sobre Nicolás Franco. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 157-158.

³⁶ La conversación, que tiene en gran medida el aire de un bluff por parte del Generalísimo, en el despacho de Faupel del 21 de febrero. *Wilhelmstrasse*, III, p. 190.

Notas al Capítulo 21.

¹ A. Marquina, *La diplomacia vaticana*, p. 50.

² Informe de Manuel Villegas de 9 de diciembre de 1940 acerca de los sucesos en Roma. *Documentos*, II.

³ No cabe duda de que en todo momento Gomá actuó con plena independencia y responsabilidad aunque sin apartarse de los deseos del Papa. Las autoridades temporales le influyeron muy poco. Su base de partida era que la Iglesia no tenía elección: con el Frente Popular sería destruida. Pero tenía que obtener lecciones de las pasadas contingencias trabajando a fin de que la sociedad fuese de nuevo evangelizada, se restableciesen plenamente los principios católicos en la sociedad española y se rectificasen los errores. Sabía también la importancia de lograr una reconciliación. M.^a L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 56-57.

⁴ A. Marquina, *op. cit.*, p. 50.

⁵ M.^a L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 125-133.

⁶ A. Marquina, *op. cit.*, p. 51.

⁷ En el despacho de Magaz del 21 de diciembre, publicado por A. Marquina, *op. cit.*, pp. 333-334, en donde se resumen las gestiones realizadas por Gomá en Roma, el embajador no pudo ocultar su profundo disgusto. Él había negado, por ejemplo, las ejecuciones de sacerdotes, que el cardenal explicó. Sobre todo se veía que coincidía con Pacelli en negar validez al concordato y esto le parecía perjudicial para las gestiones que en tal sentido él estaba realizando.

⁸ La credencial publicada por M.^a L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 398-400 junto con el resumen de las conversaciones, pp. 87-91. Ver también A. Marquina, *op. cit.*, pp. 51-53.

⁹ Publicada por A. Marquina, *op. cit.*, pp. 335-336.

¹⁰ Despachos de 10 de enero y de 15 de febrero de 1937, pub. A. Marquina, *op. cit.*, pp. 337-339.

¹¹ A. Granados, *op. cit.*, p. 98 y ss. M.^a L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 95-98, nota 105, publica la carta de Vidal y Barraquer que Gomá conservó entre sus papeles.

¹² A. Marquina, *op. cit.*, pp. 54-59.

¹³ *Archivo Vidal y Barraquer*. «Iglesia y Estado durante la segunda República», tomo II, Montserrat, 1971, p. 371 y ss., en nota de Víctor Manuel Arbeloa asegura haber comprobado la filiación masónica de 141 diputados. José A. Ferrer Benimeli, *La Masonería y la Constitución de 1931*, Madrid, 1980, ha dado a conocer la lista, procedente del Archivo de la Masonería de Salamanca, de todos los diputados masones iniciados.

¹⁴ Entre los días 23 y 25 de mayo de 1931 la Asamblea General de la Gran Logia española, reunida en Madrid, elaboró un largo documento que fue enviado después a los políticos masones, con los puntos que, a su juicio, resultaba imprescindible tener en cuenta en la Constitución. Señalaremos únicamente aquellos que, desde la perspectiva asumida por Franco y su régimen, resultaban más conflictivos:

- escuela única, neutra y obligatoria,

CAPÍTULO 20

RECONOCIMIENTO OFICIAL DE ALEMANIA E ITALIA.**I. LA IDEA DE ENVIAR «VOLUNTARIOS».**

1. Las decisiones adoptadas por Franco después del fracaso de la marcha sobre Madrid nos permiten conocer uno de los rasgos fundamentales de su doctrina militar, elogiada por unos, censurada por otros. Sucede, en este caso, que el historiador debe mostrarse cauto ya que no tiene posibilidad de saber qué hubiera ocurrido de haberse tomado las decisiones que los críticos juzgan más acertadas. A la larga las suyas fueron eficaces ya que le permitieron ganar la guerra. En diciembre de 1936 su plan seguía siendo dar primacía a la batalla de Madrid: puesto que conservaba todas sus posiciones, se consideraba en condiciones de obligar al enemigo a una tremenda batalla de desgaste, haciéndole temer que si retiraba de la capital una parte sustantiva de sus fuerzas provocaría un colapso fatal. Mientras tanto se desencadenarían ataques desde tres puntos consecutivamente, la carretera de La Coruña, para cortar las comunicaciones con las fuerzas establecidas en la Sierra,¹ el Jarama, para cortar la carretera y ferrocarril hacia Valencia y, finalmente, Guadalajara, para completar el cerco. En todos los casos logró pequeñas ganancias pero nunca los objetivos finales, y saldó las operaciones con pérdidas, más cuantiosas las del enemigo que las suyas.

Años más tarde —y a esto no debe dársele excesivo crédito— Franco añadiría que gracias a esta estrategia logró dos cosas: retener en Madrid las fuerzas principales del adversario mientras él, que siempre estuvo en inferioridad numérica de hombres y armas, asestaba los golpes contundentes que iban a permitirle cambiar el signo de la guerra, e infundir al enemigo la conciencia de que nunca sería capaz de retener una posición que conquistase. Así justificaba, por ejemplo, la reconquista costosa y en apariencia inútil de Brunete. Los consejeros alemanes e italianos consideraron esta forma de llevar la guerra propia de un general mediocre y, por consiguiente, incapaz de lograr la victoria final. Mussolini, sobre todo, se desilusionaba no sólo por esta circunstancia sino por la falta de genio político del Generalísimo: pensaba que había demasiada influencia del clero y muy poca preocupación «social». Todo lo cual se

resumía en la convicción de que si no había una intervención seria por su parte, no se conseguiría el objetivo de impedir a los soviéticos asentarse en suelo español.

El 16 de octubre, cuando la presencia del material y técnicos rusos era un hecho comprobado, el Generalísimo expresó ante Warlimont y Bernhardt —que eran los más representativos agentes alemanes destacados en aquel momento en el Cuartel General— su convicción de que, ante la manifiesta política soviética, Alemania debía comprometerse más en favor de los «nacionales» revelando ante el mundo que consideraba a éstos como legítima representación de España. En consecuencia proponía que el Reich retirara su último agente diplomático, Hans Völckers, instalado en Alicante tras la retirada del Gobierno de la República a Valencia, designando en cambio embajador ante la Junta Técnica.²

En agosto de 1936 el encargado de negocios de Portugal en Madrid, Riba Tâmega, ante la tremenda hostilidad que percibía, quemó los archivos de la Embajada y se trasladó también a Alicante donde había barcos portugueses que podían acogerle. Desde el 23 de octubre Salazar tenía tomada la decisión de suspender sus relaciones con el Gobierno de la República, sin por ello pasar todavía a un reconocimiento oficial del Régimen de Franco. Pero Álvarez del Vayo se adelantó a presentar la durísima nota en que culpaba a los portugueses de la pérdida de Badajoz y les acusaba de malos tratos a los republicanos refugiados. Salazar envió entonces a 1.500 de estos refugiados a Tarragona en el barco Nyassa; los tripulantes de este buque sufrieron malos tratos. Así se justificó la nota entregada el 23 de febrero de 1937 a Sánchez Albornoz en que se declaraba la ruptura de relaciones.³

Franco mantuvo siempre una versión que podemos considerar bastante correcta: necesitaba que las potencias del Eje, con las que estaba dispuesto a suscribir acuerdos, le proporcionasen el apoyo diplomático indispensable para figurar como beligerante y también los suministros de material de guerra moderno, junto con los técnicos imprescindibles para instruir a los españoles en su manejo; pero no quería soldados. Hitler, que estaba convencido de que de ningún modo podía tolerar la instalación de la influencia soviética en España —lo que tampoco era conveniente para el Reino Unido o Norteamérica— se mostraba dispuesto a ir tan lejos como hiciera falta, con preferencia mediante la adopción de medidas que alejasen a los comunistas. Compartía con Mussolini el juicio peyorativo que le formulaban sus propios generales: Franco era un militar mediocre, bueno para una guerra colonial, y su estrategia arcaica y timorata le había hecho perder la principal batalla; para salvarle de sus propios errores era imprescindible arrebatarle la iniciativa. Por consiguiente optaba por la intervención más que por la simple ayuda.

Por su parte, el Generalísimo contemplaba los efectos de su pavorosa debilidad: gastado el Ejército de África, carente de industria pesada, y de recursos financieros, se veía obligado a aceptar cualquier clase de ayuda sin preguntarse demasiado por su origen. Avanzado el otoño, y ante la perspectiva de una guerra larga, la tarea más urgente era poner en pie un Ejército llamando los reemplazos de reclutas y preparando la oficialidad correspondiente mediante acelerada instrucción de universitarios. Ésta fue la tarea encomendada especialmente al general Luis Orgaz: muchos de los que acudieron a las Academias provisionales de alféreces iban a permanecer después en el Ejército, reorientando su vida. Se tenía conciencia de que estos oficiales provisionales iban a correr un peligro mayor que los simples solda-